

TOMAR A CRISTO COMO NUESTRA PERSONA Y VIVIRLO EN Y PARA LA VIDA DE IGLESIA

(Viernes: primera sesión de la mañana)

Mensaje uno

Experimentar la obra central de Dios y tomar a Cristo como nuestra persona en y para la vida de iglesia

Lectura bíblica: Ef. 3:16-21; Fil. 2:13; Gá. 2:20; 4:19

I. En y para la vida de iglesia, necesitamos experimentar la obra central de Dios—Ef. 3:17a; Fil. 2:13:

- A. La obra central de Dios, Su obra única, en el universo y a lo largo de todas las eras y las generaciones consiste en forjarse en Cristo dentro de Su pueblo escogido, haciéndose uno con ellos—Gá. 4:19; Ef. 3:17a; 1 Co. 6:17.
- B. Dios no desea principalmente hacer cosas por nosotros, sino forjarse en nuestro ser—Ef. 3:17a.
- C. La intención de Dios es que Cristo sea forjado en nuestro ser cabalmente; sin embargo, en nuestra búsqueda espiritual es posible que no nos interese esto en lo absoluto, preocupándonos más bien por nuestra propia intención solamente—Fil. 2:21.
- D. El propósito de Dios consiste en forjarse en nosotros, de modo que Él mismo sea nuestros elementos interiores—Ef. 3:11, 16-19:
 - 1. Este propósito es el centro del universo, y aparte de este propósito la vida cristiana carece de significado—Ap. 4:11.
 - 2. El principio propio de la obra de Dios consiste en ganar personas y, al ganarlas, tener una manera de avanzar:
 - a. La prioridad apropiada no es que nosotros obremos para Dios, sino que Dios se forje en nosotros—Ef. 2:10; Fil. 2:13.
 - b. En la vida de iglesia la importancia de la persona sobrepasa enormemente la importancia de la obra—2 Ti. 2:20-22:
 - 1) Lo que somos es más importante que lo que hacemos.
 - 2) No podemos servir a Dios más allá de lo que somos como persona.
 - 3. El progreso espiritual consiste en permitir que Dios gane terreno en nosotros—Col. 2:19; Ef. 3:17a.
- E. Con miras al cumplimiento de la economía eterna de Dios, Dios necesita edificarse en Cristo en nuestro ser, al forjarse en Cristo dentro de nosotros como nuestra vida, nuestra naturaleza y nuestra constitución intrínseca, a fin de hacernos Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad—2 S. 7:12-14a; Ro. 1:3-4; Ef. 3:17a; Jn. 14:23; Col. 3:10-11:
 - 1. Necesitamos que Dios edifique a Cristo en nuestra constitución intrínseca para que todo nuestro ser sea reconstituido de Cristo—Ef. 3:17a.
 - 2. Cristo edifica la iglesia al entrar en nuestro espíritu y extenderse de nuestro espíritu a nuestra mente, parte emotiva y voluntad a fin de ocupar toda nuestra alma—Mt. 16:18; Ef. 3:17a.

F. Cooperamos con la obra central de Dios al ser pobres en espíritu (Mt. 5:3) y de corazón puro (v. 8), al buscar al Señor con un corazón sencillo (Sal. 27:4), al volvernos al Señor (2 Co. 3:16), al estar atentos al sentir de vida (Ro. 8:6), al estar dispuestos a ser alumbrados (Ef. 1:17-18) y al abrir todo nuestro ser al Señor a fin de ser llenos de Dios como nuestro contenido (3:16-19).

II. En y para la vida de iglesia, necesitamos tomar a Cristo como nuestra persona—Gá. 2:20; Ef. 3:16-21:

A. La intención de Dios en Su economía es forjarse en nosotros no sólo como nuestra vida, sino también como nuestra persona—Gá. 4:19.

B. Nuestro espíritu regenerado es el hombre interior que tiene como su persona al Cristo que mora en nosotros—Ef. 3:17a:

1. Si deseamos tomar a Cristo como nuestra persona, debemos ver que nuestro espíritu regenerado ya no es meramente un órgano con el cual contactamos a Dios, sino que es nuestra persona.

2. En nuestro hombre interior tenemos a Cristo no sólo como nuestra vida, sino también como nuestra persona—1 Jn. 5:11-12; Col. 3:4; Ef. 3:17a.

3. Nuestro hombre interior consta de nuestra alma renovada como su órgano y nuestro espíritu regenerado en el cual mora Cristo, la persona, como su vida y persona—Ro. 12:2; 8:10; Ef. 4:23; 2 Co. 4:16.

4. Necesitamos vivir en nuestro espíritu, en el hombre interior, al tomar a Cristo como nuestra persona—Ro. 8:4; 1 Co. 6:17; Gá. 2:20; Ef. 3:17a.

C. Como creyentes regenerados que somos, tenemos tanto el “yo” (el ego), nuestra pasada persona, así como a Cristo, nuestra nueva persona—Gá. 2:20:

1. El “yo” se encuentra en nuestra alma, pero Cristo se encuentra en nuestro espíritu—Ro. 8:10; 2 Ti. 4:22.

2. El “yo” es la persona del hombre exterior, el viejo hombre, y Cristo es la persona del hombre interior, el nuevo hombre—2 Co. 4:16.

3. El “yo”, la pasada persona, ha sido crucificada, y Cristo, la nueva persona, vive en nosotros—Ro. 6:6; Gá. 2:20.

D. Tomar a Cristo como nuestra persona requiere que neguemos el yo, nuestra persona caída; necesitamos negar la vida de nuestra alma y vivir por nuestra nueva persona, el Cristo que mora en nosotros—Mt. 16:24-25; Col. 1:27.

E. A fin de tomar a Cristo como nuestra persona, necesitamos negar nuestro propósito, objetivo y preferencia, y tomar Su propósito, objetivo y preferencia—2 Co. 5:14-15.

F. Cuando tomamos a Cristo como nuestra persona y no vivimos por nosotros mismos, sino por Cristo como la persona, llegamos a ser uno con Él y ya no hacemos nada según nuestra preferencia y nuestros gustos, sino que lo hacemos todo según Su preferencia y Sus gustos—v. 15.

G. A fin de tener la vida de iglesia, necesitamos ser fortalecidos en nuestro espíritu como hombre interior, para que Cristo, quien es una persona viviente, haga Su hogar en nuestro corazón—Ef. 3:16-17a:

1. El hombre interior junto con Cristo como su persona tiene por finalidad nuestro vivir en la iglesia—2:21-22.

2. Necesitamos tomar a Cristo no sólo como vida en nuestro espíritu, sino también como la persona en nuestro corazón—Col. 3:4; 1:27:

- a. Cuando Cristo hace Su hogar en nuestro corazón, Él llega a ser nuestra persona—Ef. 3:17a.
 - b. La única manera en que Cristo puede ser nuestra persona es al hacer Su hogar en nuestro corazón—v. 17a.
 - c. Si tomamos a Cristo como nuestra persona, permitiendo que Él se extienda a nuestro corazón, la persona que vive en nuestro corazón no será el yo, sino que será Cristo—Gá. 2:20.
- H. Si tomamos a Cristo como nuestra persona, le manifestaremos en nuestro vivir como la vida de iglesia apropiada—v. 20:
- 1. Cristo, quien es nuestra persona, tiene por finalidad la vida de iglesia—Mt. 16:18.
 - 2. Cristo, una persona viviente que es nuestra persona, es el contenido de la vida de iglesia—Gá. 1:1-2, 15-16; 4:19.
 - 3. No es posible tener la vida de iglesia cuando permitimos que nuestro viejo hombre sea nuestra persona—Ro. 6:6; Gá. 2:20:
 - a. Si queremos vivir la vida de iglesia pero no tomamos a Cristo como nuestra persona, no podremos ser compenetrados con otros.
 - b. A menos que vivamos por Cristo como nuestra persona, seguiremos siendo personas naturales, aquellos que son según su constitución natural, su cultura racial, su carácter nacional o su trasfondo religioso—Col. 1:27; 3:4, 10-11.
 - 4. La vida de iglesia apropiada es una vida en la cual vivimos en el hombre interior, tomando a Cristo como nuestra persona—Ef. 3:17a; 2 Co. 4:16.
 - 5. Deberíamos tomar a Cristo como nuestra persona y permitir que Cristo viva en nosotros y haga Su hogar en nuestro corazón de modo que seamos llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios a fin de ser la manifestación práctica de la iglesia, el Cuerpo de Cristo—Gá. 2:20; Ef. 3:16-21.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LA OBRA CENTRAL DE DIOS

Dios obra para forjarse en su pueblo escogido y fluir de ellos

Aunque posiblemente sabemos de modo general que Dios siempre obra en nosotros y dentro de nosotros, necesitamos ver que en este universo Dios tiene una obra central, una obra principal que Él está llevando a cabo. En Juan 5, después que el Señor Jesús sanó a un hombre enfermo en el día de Sábado, “los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de Sábado. Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y Yo también trabajo” (vs. 16-17). La respuesta del Señor a los judíos que le perseguían fue un indicio de que el Dios Triuno siempre está trabajando, esto es, obrando. Dios primero creó; luego, Él llegó a ser un hombre, murió en la cruz, resucitó de los muertos y ascendió a los cielos (Gn. 1:1; Jn. 1:1, 14; Hch. 2:23-24, 32, 36). Por una parte, podríamos decir que Él completó Su obra (Jn. 19:30), pero por otra, Él aún obra en nosotros, con nosotros y dentro de nosotros (Fil. 2:13). La obra del Señor en la cruz efectuó la redención, pero Su redención tenía como fin Su obra central, la cual Él aún está llevando a cabo hoy. La obra central de Dios consiste en forjarse en Sus creyentes y obrar para fluir de ellos de modo que Él y ellos puedan mezclarse

conjuntamente a cabalidad como una sola entidad, y que Él llegue a ser uno con ellos y ellos lleguen a ser uno con Él.

El Espíritu es el medio por el cual Dios obra para forjarse en su pueblo escogido y fluir de ellos

La única manera en que Dios puede obrar para forjarse en nosotros y fluir de nosotros es al ser el Espíritu. A fin de que Dios lleve a cabo Su obra central, Dios no sólo necesita ser el Espíritu (Jn. 4:24), sino que Cristo también tuvo que llegar a ser el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). En 2 Corintios 3:6 se nos dice: “La letra mata, mas el Espíritu vivifica”. El Espíritu que vivifica es Cristo mismo. Por consiguiente, el versículo 17 dice: “El Señor es el Espíritu”. Es sólo al ser el Espíritu vivificante que Dios puede forjar Su mismo ser en Sus creyentes como vida y obrar para fluir de ellos.

Nuestro conocimiento religioso es un impedimento para que el Señor se forje en nosotros

Con respecto a Dios, todo está listo para que Él lleve a cabo Su obra central. Sin embargo, con respecto a nosotros, existe una barrera, un estorbo, a la obra central de Dios. Primero, existe una barrera que impide que Él se forje en nosotros, y luego hay una barrera que impide que Él obre para fluir de nosotros. Según el relato en Génesis 1, Dios llevó a cabo Su obra creadora en sólo seis días, pero le tomó mucho más tiempo hacer que nosotros creyéramos en Él. Además, aunque Él ha estado intentando forjarse en nosotros desde el día en que fuimos regenerados, Él aún no ha terminado. Alguien quizás haya sido salvo por varias décadas, pero es posible que Dios sólo haya podido forjarse un poco en él; quizás en lo profundo de su ser él se sienta convencido de que, aunque ha ganado a Cristo en cierta medida, él aún está escaso de Cristo. Esto constituye una prueba contundente de que existe alguna resistencia en contra de la obra que Dios realiza en nosotros. Ello muestra que Dios no tiene una vía libre para forjarse en nosotros; nunca le hemos dado una vía libre hacia el interior de nuestro ser.

Según 2 Corintios 3, un gran obstáculo que impide que Dios se forje en nosotros es la letra que mata de las Escrituras (v. 6). En un capítulo anterior señalamos cuatro ítems mencionados en 1 Corintios: el hecho de que Cristo es el Espíritu vivificante, el hecho de que estamos unidos al Señor para ser un solo espíritu con Él, el hecho de que bebemos el Espíritu y el hecho de que invocamos el nombre del Señor. Aunque todos estos ítems han estado en la Biblia por siglos, no los vimos en el pasado porque estábamos cubiertos por conceptos religiosos. Todas las enseñanzas religiosas que hemos recibido y nuestro viejo conocimiento bíblico han llegado a ser un velo que cubre nuestro corazón (v. 15). Nuestros conceptos religiosos basados en un entendimiento inadecuado de la Biblia son un gran obstáculo que impide que el Señor se forje en nosotros. Si no tuviésemos conocimiento de la Biblia, quizás sería más fácil para el Señor forjarse en nosotros. En Mateo 2 el Señor tuvo la manera de ayudar a los magos paganos, quienes no tenían conocimiento alguno de las Escrituras, a encontrar a Cristo de modo que le pudieran adorar, mas los judíos religiosos y sus líderes, quienes tenían el conocimiento de las Escrituras, se vieron obstaculizados de venir a Cristo (vs. 1-12).

En Juan 5:39-40 el Señor Jesús dijo: “Escudriñáis las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de Mí. Pero no queréis venir a Mí para que tengáis vida”. Esto indica que escudriñar las Escrituras podría estar separado de venir al Señor para que tengamos vida. Es posible tener contacto con las Escrituras sin tener contacto con el Señor. Sólo el Señor puede dar vida.

Necesitamos ser lavados de todo nuestro conocimiento viejo, parcial y que mata contenido

en la Biblia. Cuando oremos-leamos la Palabra, necesitamos invocar el nombre del Señor. A medida que hagamos esto, nuestro corazón se volverá al Señor, los velos serán quitados, la letra que mata será puesta a un lado y el Espíritu nos vivificará (2 Co. 3:16-17, 6). Cuando los velos sean quitados, seremos capaces de mirar y reflejar como un espejo la gloria del Señor a cara descubierta, y seremos transformados a la imagen del Señor, de un grado de gloria a otro (v. 18). Tal transformación procede del Señor Espíritu, lo cual indica que estamos siendo transformados a medida que somos llenos de Él. Si por la misericordia del Señor podemos deshacernos de nuestro viejo conocimiento y volver a la palabra pura de la Biblia a fin de orar-leerla según la manera de la vida, el Señor tendrá una vía libre para forjarse en nosotros.

El yo es un obstáculo que le impide al Señor obrar para fluir de nosotros

Después que el Señor se ha forjado en nosotros, Él aún necesita obrar para fluir de nosotros. En 2 Corintios 4:7 se nos dice: “Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”. Cuando Cristo se forja en nosotros, Él llega a ser el tesoro invaluable en nuestros vasos de barro de modo que Él pueda expresarse por medio nuestro. Sin embargo, en vez de permitir que Cristo como tesoro se exprese por medio nuestro, muchos de nosotros hemos llegado a ser una caja que confina y limita al Señor, una cárcel para Él.

En un sentido, algunos de nosotros le hemos hecho trampa al Señor. Le dimos la bienvenida a nuestro ser, pero luego cerramos la puerta con llave tan pronto como Él entró. Por una parte, el tesoro está en el vaso, pero por otra, no puede expresarse por medio del vaso debido a que éste está cerrado. El problema de que el vaso está cerrado se debe al yo. Lo que impide que Cristo se forje en nosotros es el velo de nuestros conceptos religiosos, los cuales son el resultado de nuestro conocimiento parcial y muerto de la Biblia; el obstáculo que impide que Él obre para fluir de nosotros es el yo.

En un sentido práctico, la “cara” es el representante del yo. Nuestra cara es nuestro hombre exterior, esto es, nuestro hombre natural con su estatus y logros. En este sentido, cada vez que no estamos dispuestos a “perder nuestra cara”, nuestro yo está activo. Cuando conservamos nuestra cara, preservamos el yo, pero perder la cara es la mejor manera de perder el yo. El velo de nuestros conceptos religiosos impide que Dios se forje en nosotros, pero el yo, según lo representa la cara, impide que el Cristo que mora en nosotros obre para fluir de nosotros. Aunque Cristo está en nosotros como el tesoro con la supereminente grandeza del poder, si nuestro vaso no es quebrantado, Él no tendrá la manera de ser expresado por medio de nuestro vaso, y por ende llegará a estar impotente. Lo que necesitamos hoy es ser quebrantados a fin de que Cristo pueda expresarse por medio nuestro.

El Señor está obrando para encontrar una apertura en nuestro ser, y tarde o temprano Él nos quebrantará de modo que Él pueda ser expresado por medio nuestro. No importa cuán fuertes seamos en el yo, Cristo dispondrá de las circunstancias necesarias para ganar una apertura en nosotros a través de la cual Él se pueda expresar. Después que un hermano a quien no le gusta invocar el nombre del Señor tiene un accidente automovilístico, él quizás comience a invocar el nombre del Señor. Después del accidente, quizás ya no le importe su cara. Esto podría darle al Señor la oportunidad y la manera de obrar hasta fluir de este hermano. No hay nada malo con invocar el nombre del Señor, pero muchos no invocan el nombre del Señor porque no quieren perder su cara. Cuando invocamos el nombre del Señor, no sólo recibimos a Cristo, sino que también perdemos nuestra cara y, por lo tanto, perdemos el yo.

Hay dos obstáculos principales para la obra central de Dios: los velos religiosos, los cuales

impiden que Cristo fluya a nuestro interior, y nuestro yo, el cual confina a Cristo y le impide ser liberado y expresado. Los velos necesitan ser quitados, y nuestro yo necesita ser quebrantado y consumido para que nuestro hombre interior sea renovado, fortalecido y liberado con miras a expresar a Cristo. En 2 Corintios 4:16 se nos dice: "Aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día". Si amamos al Señor genuinamente, tarde o temprano Él entrará para tratar con nuestro yo a fin de que estemos dispuestos a liberar nuestro espíritu. Cuando liberemos nuestro espíritu, el Señor como Espíritu que está en nuestro espíritu espontáneamente será liberado. Necesitamos olvidarnos de nuestro estatus y todos nuestros logros y sencillamente amar al Señor. Nuestro estatus, nuestros logros y nuestro hombre natural constituyen nuestro hombre exterior, el cual necesita ser consumido. (*The Collected Works of Witness Lee, 1970, t. 2, págs. 337-340*)

**TOMAR A CRISTO COMO NUESTRA PERSONA
A FIN DE QUE CRISTO SEA EL CONTENIDO DE LA VIDA DE IGLESIA**

**Cristo es nuestra persona:
Aquel que está haciendo Su hogar en nuestro corazón**

En la segunda oración que Pablo hace en Efesios 3, nuestro espíritu regenerado no sólo es un órgano, sino también nuestro hombre interior, una persona. Cristo en nosotros no sólo es nuestra vida, sino también nuestra persona. Por consiguiente, Gálatas 2:20 dice: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí". Este versículo no dice que la vida de Cristo está en nosotros, sino más bien que Cristo, la persona, vive en nosotros. Necesitamos ver que cuando recibimos al Señor, no solamente recibimos Su vida y Su naturaleza, sino también Su persona. Nuestro hombre interior consiste de nuestra alma renovada como su órgano y nuestro espíritu regenerado en el cual mora Cristo, la persona, como su vida y su persona. Necesitamos ser fortalecidos en este hombre interior para que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón.

Las dos oraciones de Pablo muestran que, para beneficio de la iglesia, necesitamos el poder que el Cristo trascendente nos transmite, y necesitamos que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón. Primero, necesitamos ejercitar nuestro espíritu a fin de ver el poder cuádruple que está siendo transmitido a la iglesia. Éste es el comienzo de nuestra experiencia de ver la vida de iglesia y entrar en ella. Después de entrar en la vida de iglesia, necesitamos la segunda oración para que nos demos cuenta de que nuestro espíritu no es meramente un órgano, sino nuestro hombre interior en el cual necesitamos ser fortalecidos de modo que Cristo pueda establecerse en nosotros. Cristo como nuestra persona es el contenido de la vida de iglesia.

Por medio de la primera oración de Pablo, entramos en la vida de iglesia y vivimos por el poder que es transmitido a la iglesia, y por medio de la segunda oración, tenemos a Cristo como nuestra persona. No sólo vivimos por la vida y el poder de Cristo, sino también por Su persona. Tal vivir nos hace el Cuerpo, el nuevo hombre, en el cual no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro, escita, esclavo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos (Col. 3:10-11). En el nuevo hombre Cristo es todos y lo es todo. En un sentido práctico, esto significa que Cristo es nuestra persona, actitud, virtudes y cada aspecto de nuestro vivir. En la iglesia Cristo debe serlo todo. Nuestro legado e historia naturales tienen que irse, y sólo Cristo debe permanecer.

Tomar a Cristo como nuestra persona

El hecho de que Cristo es el todo y en todos no debería ser una doctrina para nosotros.

Más bien, en realidad y en la práctica Cristo no sólo debe ser nuestro poder y nuestra vida, sino también nuestra persona. Cristo debe ser Aquel que hace Su hogar en nuestro corazón a fin de ser nuestra verdadera persona. Tal Cristo es el contenido de la vida de iglesia. El contenido de la vida de iglesia no es ninguna clase de práctica. El contenido único de la vida de iglesia es Cristo. A fin de tener a Cristo como contenido de la vida de iglesia, necesitamos tomar a Cristo como nuestra persona en nuestro andar diario. No es meramente un asunto de reunirnos tomando a Cristo como nuestro centro; es un asunto de que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón a fin de que Él llegue a ser nuestra persona.

El hecho de que tomemos a Cristo como nuestra persona significa que llegamos a ser uno con Cristo y que ya no hacemos nada según nuestras preferencias o nuestros gustos, sino que lo hacemos todo según Sus preferencias y Sus gustos. Es decir, que no vivimos por nosotros mismos como la persona, sino por Cristo como la persona. Este pensamiento se ve en Efesios 5:22, que dice: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor”. Que una mujer esté sujeta a su propio marido significa que ella toma a su marido como su persona. Cristo es nuestro Marido, y nosotros somos Su esposa. Por consiguiente, necesitamos estar sujetos a Él al tomarle como nuestra persona. Puedo asegurarles a las hermanas casadas que si ellas reciben la gracia de tomar a su marido como su persona, no habrá problemas en su matrimonio. La razón por la cual hay muchos problemas en la vida matrimonial es que hay dos personas. Siempre que hay una sola persona, todos los problemas desaparecen.

Muchas veces, en vez de tomar a Cristo como nuestra persona, damos excusas, tales como: “Señor, Tú sabes que tengo que hacer esto, porque es normal que las personas de mi trasfondo lo hagan”. Esto equivale a dejar al Señor a un lado y vivir según nuestra persona, nuestras preferencias y nuestra constitución natural. A Dios no le agrada vernos vivir por nuestra propia persona. Más bien, Él desea que vivamos por la persona de Su Hijo, Cristo. Por lo tanto, deberíamos orar: “Señor Jesús, haz que te ame a tal grado que no desee vivir al tomarme a mí mismo como la persona. Haz que te tome como mi persona”. Entonces cuando deseemos ir de compras y el Señor no quiera hacerlo, no iremos. Ésta es la manera práctica de tomar a Cristo como nuestra persona. El significado genuino de que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón es que tomemos a Cristo como nuestra persona en todo.

Cuando tomamos a Cristo como nuestra persona, Él hace Su hogar en nuestro corazón, y cuando lo experimentamos de esta manera, Él llega a ser el contenido de nuestra vida de iglesia. El Cristo a quien ganamos cuando lo tomamos como nuestra persona llega a ser la realidad y la veracidad con la cual adoramos a Dios en las reuniones de la iglesia. Por consiguiente, cada vez que nos reunimos, Cristo está reunido allí, porque para nosotros el vivir es Cristo (Fil. 1:21a). (*The Collected Works of Witness Lee, 1970, t. 2, págs. 475-477*)

TOMAR A CRISTO COMO NUESTRA PERSONA

Nuestro espíritu humano regenerado no sólo es un órgano con el cual conocemos la supereminente grandeza del poder de Dios, sino que también es el hombre interior junto con el Cristo que mora en nosotros como su persona. Necesitamos vivir en nuestro espíritu, el hombre interior, al tomar a Cristo como nuestra persona. Deberíamos ser fortalecidos en nuestro hombre interior para que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón, y deberíamos tomar a Cristo no sólo como nuestra vida y poder, sino también como nuestra persona.

En Gálatas 2:20 Pablo dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Según este versículo, nosotros, los creyentes regenerados, tenemos tanto el “yo”, nuestra pasada persona, así como a Cristo mismo, nuestra nueva persona. Nuestra pasada persona ha sido crucificada juntamente con Cristo (Ro. 6:6), y Cristo vive en nosotros como

nuestra nueva persona. Por lo tanto, necesitamos tomar a Cristo como nuestra persona. Nuestra pasada persona, nuestro yo, estaba en nuestra alma, pero nuestra nueva persona, Cristo, está en nuestro espíritu. Por consiguiente, necesitamos negar nuestro yo, nuestra vieja persona, y tomar a Cristo como nuestra nueva persona. A fin de tomar a Cristo como nuestra persona, debemos dejar nuestro yo a un lado.

Muchos cristianos que desean llevar una vida santa oran para que su vida pecaminosa sea intercambiada por la vida santa de Cristo. Sin embargo, no se dan cuenta de que la verdadera santidad es Cristo mismo, una persona. En vez de procurar intercambiar su vida deficiente por la vida mejor de Cristo, deberían tomar a Cristo como su persona. Si ellos viven por Cristo como su persona, ellos le experimentarán como su santidad, poder, habilidad y todo.

Tomar la vida de Cristo como nuestro modelo es diferente de tomar a Cristo como nuestra persona. Lo segundo requiere que nos rindamos a Él, mientras que lo primero no tiene tal requisito. Es posible que nos conformemos a nosotros mismos al modelo de la vida que llevó Cristo mientras aún vivimos por nuestra vieja persona. Sin embargo, a fin de tomar a Cristo como nuestra persona, tenemos que renunciar a nuestra vieja persona y rendirnos a Él.

A fin de entrar en la iglesia, necesitamos tener un espíritu de sabiduría y revelación para ver el poder que Dios hizo operar en Cristo. Además, a fin de vivir en la iglesia, necesitamos ser fortalecidos en nuestro espíritu, el hombre interior, para que Cristo, una persona viviente, haga Su hogar en nuestro corazón. El espíritu de sabiduría y revelación, que es el órgano con el cual vemos, tiene por finalidad que entremos en la iglesia, y el hombre interior con Cristo como su persona tiene como meta que vivamos en la iglesia. Día a día necesitamos vivir en el hombre interior al tomar a Cristo como nuestra persona. (*The Collected Works of Witness Lee*, 1970, t. 2, págs. 496-497)